278-1

LA EPOCA - Viernes 12 de Junio, 1987

¡Esas cruces que molestan tanto!

ANDRES AYLWIN AZOCAR

A los pocos minutos que las radios anunciaron que había sido encontrado muerto el dirigente estudiantil Mario Martínez Rodríguez, un militante de su partido levantó una pequeña cruz a metros del lugar donde, en las Playas de Santo Domingo, había aparecido su cadáver. Sin embargo, esa cruz tuvo una vida efímera: manos anónimas la destruyeron.

Días después, un grupo numeroso de personas se reunió en ese mismo sitio, para orar por el estudiante y por su familia; para expresar su angustia; para afirmar la vida y la esperanza en medio de tantos signos de muerte y de barbarie. Y estas personas volvieron a construir una cruz, esta vez más grande, más firme.

Sin embargo, este nuevo símbolo de dolor, solidaridad y esperanza fue otra vez destruido y quemado. ¿Por qué?

Hubo después varios otros intentos de levantar allí una nueva cruz. El último de ellos, en el mes de febrero, fue violentamente abortado por un verdadero operativo de guerra donde participaron fuerzas combinadas de militares, carabineros, CNI e, incluso, un helicóptero de la Marina. La cruz fue, así, nuevamente derrotada.

Desde esa oportunidad, nadie ha osado otra vez erigir ningún símbolo permanente en aquel lugar. Pero ello no ha impedido que siempre allí se alcen, tímidamente, arrastrándose por las dunas, dos, cinco, diez o más pequeñas "crucecitas". Son modestos testimonios que surgen de conciencias individuales que afirman así, anónimamente, que los valores espirituales jamás serán derrotados por la fuerza, y que nadie que muera luchando por la libertad de su patria será olvidado.

Pero estas pequeñas cruces que brotan anónimamente en el balneario de Santo Domingo, no son las únicas ligadas a la muerte del estudiante universitario que tanto soñó con la libertad y una vida digna en su universidad. Treinta kilómetros más al sur, en un lugar solitario y prácticamente inaccesible, también a las pocas horas del fallecimiento de Mario Martínez, alguien levantó en un cerro, junto al mar, una enorme cruz de casi cinco metros de altura. Ni el OS-7, ni Investigaciones, ni Carabineros, ni nadie ha podido descifrar el misterio de su colocación. Y allí está, todavía, esa gran cruz solitaria, imponente, mirando al océano, tal vez mudo testigo de algo que pudiera aclarar el doloroso destino del valiente y lúcido dirigente estudiantil de la Universidad de Santiago.

Esa cruz solitaria y distante nos resulta casi como un símbolo de nuestros días. Allá en la soledad, donde nadie puede verla; o perdida en el desierto; o en el fondo del alma de los hombres, nadie la destruye, nadie la quema. Pero estas otras cruces, aquí, entre los hombres, como expresión de una gran conciencia moral colectiva, son difícilmente toleradas. No obstante todo, allí están en las dunas; insignificantes y toscas; hechas de pequeños troncos y trapos; manifestación de dolor, conciencia y coraje, anunciando amaneceres que jamás el crimen ni la violencia podrán evitar.